

MISA CELEBRADA EN LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS

Miami, 28 de mayo de 1995

Queridos hermanos y hermanas:

Desde el momento en que el Papa Juan Pablo II me impuso el birrete que me señalaba como el segundo cardenal de la historia de nuestra Patria, venir a encontrarme con la comunidad de los cubanos del sur de la Florida formó parte de mi programa de visitas a mis hermanos cubanos de dentro y fuera de nuestro país.

En Roma, cubanos que peregrinaron conmigo desde Cuba para participar en el consistorio y otros que fueron desde la Florida, New Jersey, California, España, Puerto Rico o Venezuela, revelaban con su sola presencia que la nación cubana está ampliamente extendida fuera de las fronteras de su insularidad y que su pertenencia a ella es vivida con intensidad por los cubanos que residen en distintas regiones del mundo, hasta el punto de sentir con sus hermanos de Cuba, y como algo propio, la alegría de que el Papa Juan Pablo II haya nombrado un cardenal cubano.

La presencia de ustedes, aquí como en Roma, habla también por sí misma de la posibilidad que tenemos los cubanos de encontrarnos cuando nos reúne un ideal noble, capaz de levantar los corazones por encima de mediocridades, disputas domésticas o actitudes de recelo, a pesar aún de las hondas heridas causadas por situaciones históricas difíciles, e incluso dolorosas, que no pasan sin dejar huellas profundas en muchas vidas.

Este factor congregante que he llamado «ideal» yo lo refiero a una realidad trascendente, es decir, capaz de superarnos a todos, a ustedes y a mí, que nos relativiza a todos. Porque muchas virtudes tenemos como pueblo los cubanos, pero también algunos defectos. Uno de ellos puede ser nuestra aparente suficiencia, que nos hace, por ejemplo, expresarnos unos frente a otros en términos absolutos. Díganme si no les resulta familiar una frase como esta: (Chico, tú estás completamente equivocado). Es así como podemos responder, con toda naturalidad, a la primera frase que nos dirija alguien despistado o desconocedor de un tema o que exprese simplemente una opinión diferente a la nuestra. Y como esas otras: nunca podré estar de acuerdo contigo, tú no sabes nada de eso, etc. ¡Cuánta necesidad tenemos los cubanos, como pueblo, de relativizar nuestra situación y de relativizarnos también cada uno de nosotros mismos, de modo que seamos capaces de encontrarnos y hacerlo para expresarnos nuestro amor de hermanos, para ahondar en nuestras raíces comunes, para sentir como un solo pueblo. Esa fraternidad se ha vuelto entre nosotros una cima no fácil de escalar. Por eso tenemos que mirar muy alto, único modo de evitar el vértigo que produce el giro rápido y repetido de los acontecimientos a nuestro alrededor.

La historia antigua y reciente de la nación cubana ha contribuido seguramente a reforzar nuestros sentimientos de reafirmación como pueblo y como personas.

Una muestra de lo que ha sido nuestra historia lo son ustedes mismos. No ha sido fácil la vida del cubano que vino a asentarse en estas tierras, o que fue a vivir a otros lugares lejos de su país. No era un simple emigrante quien llegaba aquí en busca de trabajo. Sí, evidentemente necesitaba trabajo y techo, pero se trataba además, en el caso de ustedes, de hombres y mujeres, adolescentes, niños o ancianos, que al llegar aquí sabían que dejaban detrás sus bienes, sus afectos, su Patria, con un carácter trágico de definitividad.

Salir de Cuba significaba entonces no retornar más a ella. Un inmenso abismo de incomunicación se establecía entre ustedes y los que habían quedado atrás, haciendo aún más dura la adaptación a las nuevas condiciones de vida. Aquel modo radical de quedar separados del suelo patrio dio a la emigración cubana, desde el mismo principio de la década del 60, un carácter de exilio.

De ahí el esfuerzo ingente que ustedes han realizado para conservar todo lo nuestro: tradiciones, lengua, costumbres, manifestaciones artísticas. Cómo se ha trabajado en estas décadas para redescubrir raíces, para perfilar los contornos de nuestra identidad nacional, para decirle al mundo que ustedes siguen siendo cubanos.

Y todo este quehacer lo fue emprendiendo cada hombre, cada familia, comenzando muy abajo, pidiendo quizá una moneda para hacer la primera llamada telefónica que les permitiera salir del aeropuerto.

En un tiempo relativamente corto, con mucho trabajo e innumerables sacrificios, han llegado a construir ustedes una comunidad económicamente «pujante» que, por otra parte, ha brindado en sus escritores, artistas, investigadores, y en los frutos de sus producciones, un aporte tal a la cultura cubana, que en el futuro será imposible escribir la historia de Cuba sin estudiar la contribución que han hecho a ella los cubanos que en estos años han vivido fuera de nuestro país.

No es menos cierto que llevamos a Cuba con nosotros dondequiera que estemos y que el ser cubanos comporta cargar también con nuestras viejas querellas, con el bagaje menos interesante de recuerdos tristes y dolorosos. Al tener que desarrollar las virtudes que nos ayudan a reafirmarnos frente a lo adverso, es común que se exacerbén también los defectos que, en el reverso de la medalla, acompañan a toda virtud. Así, si nuestro esfuerzo por mantenernos firmes es constante y prolongado podemos llegar a cierta intolerancia o dureza en nuestras posiciones. Por esto es imprescindible encontrar la clave cristiana de interpretación de la realidad y el modo de expresión que le es connatural. Por eso he querido que esta visita se desarrolle en un clima de celebración cristiana, porque Cristo es el único que puede relativizar nuestros puntos de vista, nuestras miradas unilaterales, nuestras ansias justas o desproporcionadas.

Con ocasión de mi nombramiento para el Sacro Colegio muchos han hablado del Cardenal de Cuba como puente tendido entre las islas de una nación en diáspora. Pero no es el Cardenal, es la Iglesia quien representa una singular entidad espiritual que condivide la experiencia de los cubanos de Cuba y del exterior desde dentro de ambas realidades, con un particular vínculo de fraternidad, y dándole a quien deja la Patria prácticamente la única posibilidad de continuidad, porque el amor de Dios, la fuerza transformadora del Evangelio, la paz y la verdad que Cristo nos dejó, son los mismos aquí y allá, porque la Virgen de la Caridad vela por su pueblo con amor de madre dondequiera que hay un cubano. Es cierto que el Santo Padre Juan Pablo II, al llamarme a formar parte del Colegio de Cardenales, ha puesto en evidencia, cualificándola, la misión de la Iglesia de Cuba dentro y fuera del país, pero es nuestra pertenencia eclesial la que crea lazos, la que tiende puentes, la que mantiene una comunicación, y todo esto fundado en el amor cristiano que, al decir de Pablo, supera toda filosofía y no en otros intereses.

Esta es misión propia de la Iglesia y ella puede cumplirla en la medida en que es fiel al estilo de su Señor, a su metodología del amor como camino de superación de todas las crisis, a su dialéctica del sacrificio que redime y de la muerte que da vida.

Para el servicio de esa Iglesia sacrificada y reconciliadora me ha llamado el Papa Juan Pablo II al Colegio de Cardenales, para reafirmar nuestra fe y nuestra esperanza en Cristo resucitado, vencedor del mal, del pecado y de la muerte.

En efecto, en ese misterio de muerte y vida se articulan el dolor, lo adverso y lo incomprensible y esa es la manera propia que tiene Jesús de triunfar sobre el mundo. Como nos dice la carta a los Hebreos: *«Cristo, en el tiempo de su vida mortal, con gritos y con lágrimas suplicó al que podía librarlo y fue escuchado»*. Pero ¿cómo fue escuchado Jesús si el Padre lo dejó alzado entre cielo y tierra en lo alto de la cruz? Si allí experimentó toda la desolación del corazón humano hasta exclamar: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*.

No, el Padre no oyó a Jesús según el modo propio de los sumos sacerdotes y de los notables del pueblo de Israel que decían: *«Si es el Hijo de Dios que lo libre, que lo baje de la Cruz»*. Pero lo escuchó llenándolo de fuerza para llevar la ofrenda de su vida hasta su consumación total y poder decir: *«Todo está cumplido»*.

Jesús cumplió lo que había suplicado en su oración del huerto: *«Padre, si es posible aparta de mí este cáliz, pero que se haga tu voluntad y no la mía»*. Y el Padre concedería a Jesucristo un triunfo que no se inscribe en el orden esperado de los acontecimientos, sino que entra en ese otro proyecto que es el designio de Dios, solo conocido por Él, que solo Dios puede llevar a término: Jesús se levantó victorioso del sepulcro. Su resurrección es la palabra definitiva de Dios.

Esto fue una piedra de tropiezo para los discípulos de Jesús. Ellos tuvieron que hacer un largo recorrido en el seguimiento de Cristo para dejar a un lado, cada uno de ellos, sus propios senderos: Pedro su fogosidad, Santiago sus cálculos, Tomás su incredulidad, todos su miedo, su incomprensión de que el reino de Cristo no es de este mundo. Cuántos valores nuevos debieron incorporar a sus vidas, qué duro le había resultado a alguno de ellos el aprendizaje en la escuela del amor, cuando trató de poner límites al perdón y le preguntó al Maestro las veces que debía perdonar al hermano. Qué impaciente y poco confiado el otro que le dijo al Señor: no nos hables más del Padre, muéstranoslo y nos basta, ¡qué interesados los que discutieron entre sí sobre los puestos que ocuparían en el Reino! Aun en el mismo momento antes de ascender al cielo le preguntaban a Jesús cuándo iba a restaurar la soberanía de Israel. (Hablaban de política.)

Dos mentalidades, dos lenguajes, dos claves distintas de interpretación del mundo y de la historia: una terrena, humana, si se quiere necesaria; otra la del hombre que asciende a los cielos, sublime como Él mismo, imprescindible al hombre y a la mujer de fe, que nos hace levantar la mirada a lo alto, no para quedarnos plantados mirando al cielo, sino para que todo lo terrenal quede resituado en su verdadera dimensión; para que no hablemos solo ni siempre, ni en primer término, el lenguaje de los intereses, de los gustos o preferencias, de los criterios propios, característico de este mundo de horizonte cerrado, que es el del humano sin referencia a Dios.

En su carta a los Efesios, Pablo suplica *«que el Dios del Señor Nuestro Jesucristo, el Padre de la gloria, les dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Que ilumine los ojos de su corazón para que comprendan cuál es la esperanza a la que los llama...»*. Esta oración yo la hago mía por el pueblo cubano de aquí y de allá.

Es saber esto lo que nos abre ante nosotros nuevas perspectivas y nos devuelve la alegría de vivir. *«Ellos regresaron a Jerusalén con gran alegría y estaban siempre en*

el templo bendiciendo a Dios.» Los ángeles les habían pedido que no se quedasen plantados mirando al cielo y ellos volvieron a mirar a la tierra, pero ya con otros ojos. Nadie que ha fijado de veras su mirada en Jesucristo puede volver a contemplar la vida siguiendo el modo habitual de ver los acontecimientos.

«Porque ese Jesús que ahora ven partir vendrá de nuevo». Y cuando venga el Hijo de Dios con sus ángeles convocará a todos los hombres y llamará a su derecha a algunos que Él proclamará «benditos de mi Padre» y los invitará a disfrutar del Reino, «porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, estuve desnudo y me vistieron, enfermo y en la cárcel y me fueron a ver»... Y ¿cuándo, Señor, te vimos así y te asistimos? «Cada vez que lo hicieron a uno de esos, los más pequeños, a mí me lo hicieron».

Vale la pena traer a la memoria dos referencias de José Martí a la fe religiosa: *«Solo los seres superiores saben cuánto es necesario y racional la vida futura»* (Escr. Eur. Vol. II, pág. 1102); *«el culto es una necesidad para los pueblos. El amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta, que anhela siempre algo que respetar y en qué creer»* (Escr. Mex. Vol. II, pág. 691).

Los cubanos estamos conmemorando este año el centenario de la muerte en combate de José Martí, apóstol y artífice de nuestra Independencia. En su pensamiento, de indiscutible raigambre cristiana, él establece una relación de necesidad entre la fe religiosa y el amor.

Es otro modo de expresar lo que el mensaje bíblico de este domingo de la Ascensión nos ha presentado: que quienes fijamos los ojos de la fe en el Cristo del cielo debemos mirar con amor a los hermanos en la tierra, especialmente a los pobres y a los que sufren.

Varias razones, pues, tenemos los cubanos para sentirnos invitados al amor, que debe producir la unidad y la paz en todos los que integramos nuestra nación, dondequiera que estemos: Primero, nuestra tradición cristiana y aun nuestra fe en Jesucristo que quiere que nos amemos unos a otros y que así sepan todos que somos sus discípulos.

Otra especial razón para que los lazos del amor unan a nuestro pueblo es la de tener como apóstol de nuestra independencia a José Martí, quien en su obra patriótica levanta como estandarte el amor y lo exalta de muchos modos en su creación literaria y poética. Ese amor que le hace cultivar rosas blancas para sus amigos y para sus enemigos.

Un amor que Martí considera como instrumento privilegiado para comprender la vida, la historia y el hombre mismo, que es para él una especie de sentido exclusivo del corazón humano para percibir la realidad: *«es el amor quien ve»...*, sentenciará el Maestro.

Es consolador saber que el artífice de la libertad de Cuba, aquel que plasmó con su pensamiento el contorno y el talante de la Patria, al desplegar su misión de aunar voluntades para alcanzar la libertad de nuestra nación, lo haya hecho como un abanderado del amor. Por eso, en este año en que se cumple el centenario de su muerte, todo cubano tiene que examinarse sobre el lugar que ocupa el amor en su relación con la Patria. Amor que Martí sembró como semilla en la tierra cubana, regada con su propia sangre.

Dejemos la palabra al Maestro que habla de su siembra: «*Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres*».

Queridos hermanos y hermanas: En esta etapa de nuestra historia nacional tenemos que redescubrir esa fuerza bienhechora del amor, que al decir de la 1ª Carta a los Corintios, «*no lleva cuentas del mal, se goza con el bien, todo lo aguanta, todo lo espera*».

La razón que más emocionalmente nos toca, con sentido patriótico y cristiano a la vez, para que el amor de hermanos supere todas nuestras divisiones como pueblo es la protección amorosa de la Madre de Jesús, la Virgen de la Caridad, nuestra Patrona, que Dios nos quiso entregar precisamente con ese dulce título: *Nuestra Señora del Amor*.

Ella ha congregado siempre, desde los albores de nuestra nación, a todos sus hijos en los momentos alegres y en las horas de tristeza y de dolor. Su sola imagen, que es también un símbolo de la Patria, invita al perdón, a la reconciliación y a la paz entre todos los cubanos.

Por todas estas razones, mi visita a ustedes y toda otra que haga a los cubanos en cualquier parte del mundo se hace bajo el signo del amor. No podría ser otro el mensaje que les dejara un sacerdote de Jesucristo, un Obispo, un Cardenal de la Iglesia. Si no repitiera incansablemente ese llamado al amor no sería fiel al Señor Jesús, ni al pensamiento fundante de la patria, que se expresa en el Padre Varela y en José Martí, ni podría cobijarme bajo el manto de la Virgen de la Caridad del Cobre, que abraza a todos sus hijos cubanos por igual.

Queridos hermanos cubanos: si por la fe católica somos de veras capaces de fijar nuestra mirada en Cristo, de forma que podamos relativizar las incidencias buenas o malas de nuestra historia, si dejando a un lado suficiencias chocantes tanto los de aquí como los de allá, empezamos a darnos un testimonio de humildad recíproca, entonces sí estaríamos en condiciones de responder a la vocación al amor para la cual Dios ha dotado singularmente al cubano, pues somos un pueblo afable, acogedor, cariñoso y desprendido. Como cristianos, estaríamos cumpliendo así nuestros compromisos bautismales, viviendo como verdaderos hijos de Dios que aman a sus hermanos y como cubanos seríamos fieles al legado de los fundadores de la Patria, ante todo, de nuestro José Martí, en cuya obra y acción hay un continuo reclamo de amor entre los hijos de nuestro pueblo.

Queridos hermanos y hermanas: que todos podamos merecer la Madre que Dios quiso darnos en la Virgen María de la Caridad. A Ella una vez más, en nuestro peregrinar como nación, le pedimos que reine el amor entre todos los cubanos.